

El Petróleo, el Ministro y el Mercado

por RAMON DIAZ

La instalación de Alejandro Végh Villegas en el Ministerio de Economía es una consecuencia de la crisis del Medio Oriente. Quienes se lamentan de que la nueva política no tenga ocasión de ensayarse bajo condiciones externas menos ingratas, incurren en obvia inconsistencia. Cuando las condiciones externas no son malas (y en 1972 y 1973 fueron francamente favorables) y cuando las internas no se vuelven demasiado críticas, el Uruguay tiene una sola clase de conducción económica. El perfil de cada ministro va desvaneciéndose con el tiempo, pero queda un rostro colectivo inscripto con rasgos perfectamente nítidos en la historia del país. Un estilo colectivo, nacional podría decirse, del que tanto hemos hablado en BUSQUEDA y que no es del caso volver a describir ahora. El lector, por otra parte, lo conoce bien: hay memoria y verá que sólo registra escasísimas excepciones y que todas transcurren en períodos de crisis.

Végh Villegas viene, pues, impuesto por las circunstancias. Por el déficit de la balanza de pagos, la inflación desbocada, el estancamiento consolidado y el hastío enorme que, en una coyuntura adversa, produce asistir a la infinita repetición de los mismos errores. Entonces, y sólo entonces, se está dispuesto a abandonar la seguridad de lo conocido —por más que sea probablemente malo— y a correr el inquietante albur de ensayar lo que la razón y el buen sentido recomiendan. La ventura llegó, pues, a nuestras playas, impelida por las ondas tremebundas originadas en Oriente Medio, bajo la figura de un hombre distinto: Alejandro Végh Villegas.

UN NUEVO ESTILO

Quienes anhelábamos un cambio no fuimos defraudados. El ministro Végh comenzó por li-

quidar aquel sistema de ahorro de petróleo consistente en paralizar un día a la semana cada automóvil. El método contaba con varios precedentes internacionales prestigiosos. El coraje que implicó ignorarlos empieza por ser importante. El decreto invocaba además la libre elección del consumidor como un valor a preservar, y, esto, es más importante aún. Hasta aquí el consumidor era un niño retardado, a quien había que proteger contra los agiotistas (esos monstruos a quienes se les despierta el apetito cuando los ministros de Economía olvidan la disciplina monetaria y fiscal). De pronto el consumidor se transformó en un adulto, a quien vale la pena dejar que gaste su dinero como le venga en gana, porque precisamente para eso, para que él tenga dinero, y tenga opciones, es que todo el sistema económico basado en la propiedad privada y el mercado se organiza.

En segundo lugar, el ministro liquidó el Impuesto a la Renta. Sobre la deseabilidad de tal supresión existía algo así como un consenso nacional. Pero restaban los aspectos internacionales. El Impuesto a la Renta es una de las vacas sagradas de Occidente, y los técnicos de aquí y de allí, los sacerdotes de la burocracia internacional, para continuar su símil, se rasgarían las vestiduras ante cualquier tentativa de perpetrar el sacrilegio. Végh procedió sin inmutarse. Una institución que en los hechos había sido fuente de suma injusticia final, a la vez que de graves daños a la economía, cayó sin que nadie derramara una lágrima ni intentase el menor gesto de defensa. La imagen del Uruguay, ante los ojos que cuentan, pragmáticamente hablando, que son los de los inversores del exterior, mejoró notablemente. ¡Cuántos ex-ministros, que habrían querido hacer lo mismo, y no se atrevieron, habrán con-

templado, entre atónitos y arrepentidos, un éxito tan fácil!

EL MINISTRO Y EL MERCADO

Pero la pieza principal en la definición del nuevo estilo vino en tercer lugar: fue la liberación del mercado de cambios para transacciones financieras.

Resonaban aún los ecos de la cacería de brujas a que el país había sido sometido. Comprar y vender dólares, aún en cantidades exiguas, había sido hasta ayer un peligroso delito, y sus autores habían merecido la picota pública y la cárcel. Toda esa campaña, ese fruto de la malicia y la tontería (es difícil saber en qué proporciones) fue liquidada de una plumada, y el aire uruguayo se volvió de nuevo respirable. El ministro juzgaba prescindible el aparato montado para dar circo a las masas y se negaba a usar la mentira como instrumento de Gobierno. Una vez más, y ahora más que nunca, el ministro demostraba coraje.

Restaban los aspectos económicos: muchos temieron que el dólar iniciaría una trayectoria alcista ilimitada. Repasaban las fuentes de oferta que conocían, y las cuentas que se echaban decían que no habrían bastantes dólares para cubrir la demanda. A ningún precio. De modo que éste seguiría subiendo y subiendo, indefinidamente, hasta niveles siderales, y aún más alto después.

La gente siempre piensa que el mercado no va a funcionar. Y siempre se equivoca por la misma razón: porque subestiman la complejidad del mercado y sobreestiman su capacidad de análisis. En la emergencia el error consistió en pretender descomponer el mercado en sus flujos corrientes, cuando los movimientos de capital no sólo son importantes en él por regla general, sino que deben volverse más importantes aún cuando el tipo de cambio se aparta de la norma representada, digámoslo así, por la paridad de poderes de compra. En otras palabras: si el peso se deprecia excesivamente en el mercado de cambios, los activos reales uruguayos (casas, campos, empresas industriales, etc.) se volverán sumamente baratos y, por ello, altamente rentables y atractivos para el inversor extranjero, y para el uruguayo con posición dólar. De modo que el sistema tiene un dispositivo de seguridad que impide el grado de depreciación que la gente temía. De hecho, a través de un comportamiento predictiblemente errático, el mercado buscó y encontró su nivel, y hoy hace ya mucho tiempo que funciona fluidamente y quienes quieren comprar di-

visas encuentran una corriente de oferta que no lleva miras de debilitarse.

Con ello el Uruguay se ha conectado con el mercado internacional de capitales. (Con la liberación del mercado, unida a la derogación del Impuesto a la Renta, el ministro ha hecho una contribución fundamental al fomento de la inversión en el Uruguay. No decimos que ha hecho más que la Ley de Inversiones Extranjeras, porque ésta tiene (a medida que pasa el tiempo crece nuestra convicción sobre ello) un efecto contraproducente. Decimos, sí, que el ministro ha logrado compensar en buena medida ese efecto negativo y tantos otros similares que se unen para disuadir la inversión en el Uruguay. Y eso, como lo señalábamos, apenas con un par de medidas.

LO QUE RESTA POR HACER

El hecho de que el progreso haya sido notable, no nos hace perder de vista que prácticamente queda todo por hacer.

En primerísimo lugar, la inflación. Y estrechamente ligada con ésta, el sector público; su tremenda hipertrofia y su ineficiencia. Y la sobrevaluación contraria en el mercado comercial. Y tantas otras cosas. Pero las nombradas de carácter urgente, apremiante.

Sin duda el Ing. Végh tendría ya una política antinflacionaria diseñada, si pudiera permitírsela. Y con respecto al sector público, en un discurso en el Rotary Club tuvo palabras elocuentes sobre la desprotección del ciudadano frente a la exacción que la empresa estatal le significa. Si no ha habido, además de las palabras, hechos de su parte, debe ser porque su acción encuentra factores limitantes en las actuales esferas de poder. Ya, a propósito de la política de reservas trascendió que la voluntad del ministro, que quería introducir racionalidad en el recinto del Gran mito Aureo debió ceder a instancias de alguno de los órganos colegiados que rodean al Ejecutivo unipersonal.

Uno no puede menos que lamentar que Castello Branco no haya dejado un libro titulado "Cómo lograr el aprovechamiento óptimo de un buen ministro", a modo de memorias de su relación con Roberto Campos. Este, dicho sea de paso, celebró innumerables reuniones con jefes militares, pero siempre para explicar e informar, nunca para conseguir aprobación de políticas, respecto de lo cual su autoridad se mantuvo siempre incuestionada.

Es sólo en torno a este género de reflexiones, de orden político, que en el horizonte de nuestro optimismo se dibujan algunos nubarrones.